

dos detrás de las estrechas paredes y so la techumbre baja de un cráneo aplastado, deprimido y grueso, cuyos ojos tienen miradas confusas, ocupadas siempre en espiar y dirigidas constantemente hacia los intereses personales. En estas condiciones, los pensamientos no se parecen ya á lo que eran antes. Tales cabezas vulgares obran como espejos cuya superficie no es bien plana, en los cuales las imágenes aparecen torcidas y desfiguradas, pierden su simetría y no son más que una caricatura. Sólo el autor de los pensamientos filosóficos es el que puede comunicarlos, y cuando se siente afición á la filosofía se debe ir á buscar sus inmortales lecciones en el santuario silencioso de sus obras mismas.

Los pasajes importantes de los libros de cada uno de los verdaderos filósofos, harán comprender su doctrina mil veces mejor que las rastreras y oscuras explicaciones debidas á medianías, que por lo general están imbuídas del sistema filosófico á la moda ó de sus propias convicciones. Lo sorprendente es que el público se dirija siempre con preferencia á estas exposiciones de segunda mano. Parece verdaderamente como si interviniera en esto una afinidad electiva, que lleva á los espíritus vulgares hacia lo que es semejante á ellos y hace que prefieran oír lo que ha dicho un gran genio, repetido por boca de quien se les parece. Tal vez descansa esto sobre el mismo principio que la enseñanza mutua, por virtud del cual los niños aprenden más fácilmente lo que les enseñan sus compañeros.

---

Tengo que decir todavía algunas palabras á los profesores de filosofía.—Admiro desde hace mucho tiempo, la sagacidad y el tacto acertado y fino con que han re-

conocido desde la aparición de mi filosofía, que no tiene nada de común con sus tendencias, que es un peligro para ellos, y hablando vulgarmente, que no figura entre las drogas que administran; admiro igualmente el instinto seguro y perspicaz que les ha hecho dar desde el primer momento con la única maniobra conveniente para el caso, así como la unanimidad con que han perseverado en ella. Este procedimiento, que se recomienda además por su facilidad, consiste como es sabido, en *ignorar* una cosa, para ahogarla así en el silencio, según la maliciosa expresión de Goethe, lo cual equivale á suprimir lo mejor y lo más importante que hay. La eficacia de este recurso del silencio, aumenta con los gritos de coribantes con que celebran mutuamente los conjurados el nacimiento de sus hijos intelectuales, obligando al público á dirigir sus miradas hacia ese lado, y á ver la cara de importancia con que se felicitan unos á otros. ¿Quién podrá negar la habilidad extraordinaria de este procedimiento, ni quién podrá objetar nada al precepto *primum vivere, deinde philosophari*? Estos señores quieren vivir de la filosofía; es el único recurso que tienen para mantener á su mujer y á sus hijos, é intentan tal aventura, á pesar de las palabras del Petrarca: *povera e nuda vai filosofia*. Pero mi filosofía no es de naturaleza adecuada para servir de medio de ganarse el pan. Le faltan para esto las primeras condiciones indispensables á una filosofía oficial y bien retribuída, y principalmente carece de toda teología especulativa, que es lo que, á despecho de ese insoportable Kant y de su *Crítica de la razón*, debe formar el tema principal de la filosofía aunque se le dé así la misión de hablar siempre de una cosa de la que no puede saber absolutamente nada. Además, mi sistema no admite siquiera esa fábula, que se ha hecho indispensable y que han imaginado tan sabiamente los

profesores de filosofía, de una razón que conoce, ó que percibe ó entiende inmediata y absolutamente, invención de las más cómodas, que se procura que acepten desde un principio los lectores, para poder penetrar enseguida de la manera más fácil, como si dijéramos con cuatro caballos de frente, en ese terreno que Kant puso por completo y para siempre fuera del alcance de nuestro conocimiento; en el terreno colocado más allá de la experiencia posible y donde se encuentran inmediatamente revelados y dispuestos en el orden más perfecto los dogmas fundamentales del cristianismo moderno, con su judaísmo y su optimismo. ¿Qué puede haber de común, por ventura, entre mi filosofía, privada de estos elementos esenciales; que á nadie lisonjea, ni puede mantener á nadie, que está sumergida en la especulación pura, que no tiene otro guía ni otro fin que la mera verdad desnuda, la verdad sin retribución, sin amigos, y las más de las veces expuesta á persecuciones, y esa otra *alma mater*, la buena y sustanciosa filosofía universitaria, que con un cargamento de intereses personales y de consideraciones que es forzoso guardar, avanza prudentemente, bordeando y sin perder nunca de vista, para guiarse en su ruta, el temor de Dios, las intenciones del ministerio, los preceptos de la Iglesia, las exigencias del editor, el asentimiento de los estudiantes, la buena amistad de los compañeros, la marcha de la política del día, la opinión pública del momento y otras mil cosas más? ¿Qué relación puede haber entre mi investigación tranquila y seria de la verdad, y las disputas que atruenan las cátedras y los bancos de las escuelas y cuyo resorte secreto es siempre alguna mira personal?

Estas dos especies de filosofía son diferentes por completo. Conmigo no hay ni compromisos ni compañerismo, y nadie encuentra en mí lo que le conviene, á no

ser aquel que sólo busque la verdad pura; los partidos filosóficos del día nada tienen que esperar de mí, puesto que se mueven por miras interesadas y yo no puedo ofrecerles más que ideas puras, que no convienen á interés alguno y que no han sido concebidas con ningún fin interesado. Para que mi filosofía pudiera ser objeto de una enseñanza pública, se necesitarían otros tiempos.

¡Sería de ver que un sistema como el mío, que no da ni siquiera para vivir, llegara á abrirse camino á la luz del día y atrajese la atención general! Esto era lo que había que evitar á toda costa y para ello se necesitaba apretar las filas. Discutir y refutar no es cosa fácil, y este medio es tanto más ingrato cuanto que tiene el inconveniente de llamar la atención sobre el asunto, y la lectura de mis escritos podía hacer que el público perdiera la afición que tiene á las lucubraciones de los profesores de filosofía. Porque aquel que se ha llevado una vez lo serio á los labios, no gusta ya de farsas, sobre todo cuando pertenecen al género aburrido. Por consiguiente, el sistema del silencio general, al cual se ha recurrido, era el único conveniente y no puedo menos de aconsejar á los que de él se valen, que perseveren todo el tiempo que puedan; es decir, mientras el silencio no sea atribuido á ignorancia. Siempre habrá tiempo para cambiar de táctica. Entretanto, cada cual tiene el derecho de escamotear aquí y allá algunas plumas para adornarse con ellas, pues no parece que hay plétora de pensamientos. Este sistema de callarse aparentando ignorar mis escritos, puede durar todavía bastante tiempo, por lo menos lo que me resta de vida, y con esto algo se va ganando. Si de tiempo en tiempo se deja oír alguna voz indiscreta, en seguida la ahogan las estrepitosas declamaciones de los profesores, que saben hablar al público de materias enteramente distintas dándose aires de importancia.

Les aconsejo, sin embargo, que se muestren más severos en mantener la unanimidad en el procedimiento, y sobre todo, que vigilen mucho á los jóvenes, porque suelen ser terriblemente indiscretos. No puedo asegurar tampoco que dure eternamente esta laudable táctica, ni respondo de su resultado final. Porque la opinión de ese público tan bueno y tan dócil en su conjunto, es una cosa muy singular. Aunque veamos reinar en todos los tiempos á los Gorgias y á los Hippias, aunque de ordinario triunfe lo absurdo y parezca imposible que una voz aislada pueda hacerse oír, dominando al coro de los engañadores y de los engañados, las obras de la verdad conservan sin embargo, una acción especial, acción callada, lenta y poderosa y, como por milagro, las vemos elevarse al fin por encima del tumulto, semejantes á un globo que abandona la densa atmósfera inmediata al suelo, para elevarse hacia regiones más puras de donde nadie puede hacerle descender.

Francfort S/M Febrero de 1844.

## PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICION

Lo verdadero y lo bueno conquistarían más fácilmente algún lugar en el mundo, si los que son incapaces de producir cosas tales no estuvieran al mismo tiempo conjurados para impedirles prosperar. Así se han estorbado y retrasado no pocas cosas útiles y hasta á veces se ha conseguido ahogarlas por completo. Por lo que á mí toca, sólo he de decir, que habiendo aparecido la primera edición de esta obra cuando no tenía yo más de treinta años, hasta los setenta y cinco no me ha sido posible publicar esta tercera edición. Me consuelo repitiendo estas palabras del Petrarca: *Si quis tota die currens pervenit ad vesperam, satis est.* (De *Vera Sapiencia*, pág. 140.) Heme aquí, al fin, llegado. Tengo la satisfacción de ver al final de mi carrera el comienzo de mi influencia, y tengo también el derecho de esperar, que, según una regla muy antigua, esta influencia durará tanto más tiempo, cuanto más tarde ha empezado.

Observará el lector, que no he omitido en esta tercera edición nada de lo que encerraba la segunda, sino que por el contrario, la he aumentado considerablemente, puesto que estando impresa con los mismos caracteres, tiene 136 páginas más que la anterior.

Siete años después de la aparición de ésta (la segunda) publiqué dos volúmenes titulados *Parerga y Paralipi-*